

La historia de un pueblo no es sino la historia de sus generaciones, y éstas no consisten en la mera sucesión de la sangre, fluyendo en el tiempo como las olas en el cauce de un río. Se dice que una nueva generación ha llegado, cuando cambia el tono de la sensibilidad, la línea de la actitud, el ritmo de la marcha. Entonces suele verse que una sociedad se transforma: su filosofía, su literatura, sus costumbres, todo se reacomoda en un proceso de hondas raíces espirituales. Parece entonces que oleadas de almas bajaran de lo desconocido a infundir nueva vida en la permanencia de las cosas, como soplo de inspiración musical que al infundirse en la orquesta, va moviendo maderas y cobres y cuerdas, o despertando conmovedores acordes, o transfigurando el tema inicial en otros timbres, o introduciendo temas nuevos en el desenvolvimiento de una sinfonía infinita.

Para reconocer a la generación actual y para saber cuándo se puede decir que otra nueva generación ha llegado, necesitaríamos evocar, en síntesis legendaria, el cuadro de las generaciones que se sucedieron en la tierra argentina.

...Esto era allá en los tiempos de nuestra génesis americana: los indios iban como bestias desnudas, sobre la pampa sin árboles, o envueltos en sus ponchos de colores, sobre el verdor de los valles. Adoraban al sol y a las constelaciones; levantaban chozas de piedras y de ramas; blandían arcos y hondas contra la fiera salvaje; navegaban el riacho en la piragua, buscando pesca, o recogían mies de los montes al son de cantares lánguidos, bajo la misteriosa luz de las Pléyades...

Aquella fué la generación del hombre autóctono, en cuya bronceada carne pareció hacerse musicalmente sensible, para entrar por vez primera en la historia, la substancia primordial de la tierra nativa.

Después vinieron los hombres blancos, vestidos de hierro o vestidos de blandos trajes talaes. Unos alzaban ante la tribu absorta la cruz de la nueva fe, y otros la cruz inversa de la espada, para la guerra nueva. Duro tiempo de afán, cuando el soldado iba explorando la selva virgen y el evangelista domesticando al indio fino. Se desvanecían a lo lejos las ciudades mágicas, Eldoradas de mármol y de oro, vanamente buscados; pero en cambio surgían, como por arte de encantamiento, estas ciudades reales que ahora tenemos: esta Buenos Aires donde hoy vivimos para recordarlos y para continuarlos en la hazaña...

Aquella fué la generación de los colonizadores, en cuya lengua nos llegó la tradición grecolatina, que nos

dió abolengo en las civilizaciones más ilustres.

Vino más tarde la era de los gobiernos regulares; de la sociedad hispano-americana organizada por universidades, cabildos y audiencias. Gentes ceremoniosas vestidas de calzón corto y chaqueta con áureos alamares, hacían en los estrados graves reverencias con la cabeza de peluca empolvada o el tricornio de terciopelo. Las casas de ancho portal y de teja rojiza, escondían en su intimidad soleados patios donde florecían jazmines. Por la calleja silenciosa pasaba de vez en cuando el indio en su mula, el gaucho en su caballo, o el esclavo a pie, pregonando su mercancía. Allá en el recóndito aposento de la casona, celada por su dueño, languidecía una suave mujer de ojos embellecidos por el amor y la penitencia...

Aquella fué la generación de los virreyes, cuya solemne jerarquía se rompió al advenir, con las invasiones inglesas, la ocasión de las pruebas heroicas, en el ciclo ulterior de la emancipación republicana.

La generación de 1810, que depuso a los últimos virreyes, fué una generación de jóvenes revolucionarios, homéricos en su actitud marcial, jacobinos en su actitud filosófica. Refunden ellos en sus almas nuevas el sentimiento castizo del honor y el sentimiento clásico de la gloria. Turban así la paz de sus familias, porque siendo hijos de españoles, se han sublevado contra sus padres, para constituir una sociedad más justa. Por los campos desiertos de América van resonando sus clarines, y en los pueblos del tránsito donde se detienen, levantan horcas para castigar a los traidores. La voz del pregonero va divulgando en lengua indígena sus decretos de libertad a favor de los siervos indios, mientras la voz del poeta criollo va cantando en lengua de Castilla, frente a la misma España dinástica, el voto de la nueva nacionalidad.

Así podría continuarse la rapsodia; pero deseo detenerme aquí un momento para volver al símil musical de hace un instante, diciendo que en esa generación de los indios, parece llorar la quena sus temas sentimentales; que en esa generación de los conquistadores, suenan órganos místicos y tambores guerreros; que en esa generación de los últimos virreyes, vibran violines de Aranjuez y guitarras de Andalucía; y que en la generación de los patricios fundadores estalla, como un orto de sol sobre las montañas, el frenesí de los clarines heroicos.

Cada generación, pues, trae a la historia temas nuevos, o transfigura los antiguos en nuevos timbres y ritmos, sin romper con ello la continuidad de la sinfonía infinita que, desde

lo misterioso, llega de la tierra en el olear continuo de las almas.

Durante el siglo XIX, hubo dos momentos decisivos. En el primero, los temas militares de la independencia se agotan pronto en virtud de su misma realización, y asoman ahtonces la tiranía burguesa, personificada en Rosas, y la demagogia gaucha, personificada en Facundo; pero contra esas dos realidades la generación de 1837, personificada en Echeverría, un poeta, reaviva el amenguado ideal de Mayo, y al superarlo con nuevos temas de cultura, nos encamina hacia la organización democrática y hacia la libertad del arte por el romanticismo.

En el segundo momento del siglo XIX, después de 1852, la cultura argentina se hace cosmopolita y positivista. Son los temas de Sarmiento y de Alberdi que entran como fuerzas dinámicas, pasando de sus libros a la conciencia histórica. Desde entonces hasta nuestros días, el crecimiento demográfico no fué sólo producto de vida racial, sino de populosa infiltración extranjera; nuestro crecimiento industrial no fué sólo producto de trabajo nativo, sino de riqueza transplantada; nuestro crecimiento didáctico no fué sólo producto de meditación propia, sino de mimetismo internacional; y, finalmente, nuestra ciencia, nuestro arte, nuestra vida toda estuvo sometida a la presión de los modelos exóticos, pulverizándose o esterilizándose por mera imitación.

Tal ha sido la atmósfera en que ha actuado la generación anterior, y esa es la realidad que, desde 1907, combatí en mis libros, sobre todo a partir de *La restauración nacionalista*, porque, dados los caracteres que había tomado la vida argentina, los consideraba peligrosos para el genio americano y para los verdaderos ideales de la civilización.

Mientras el país contó con la vida de hombres como Sarmiento, Avellaneda, Mitre, Roca, Pellegrini, o con las reservas de una tradición colectiva todavía homogénea, el equilibrio orgánico de la nacionalidad se mantuvo; pero, en los últimos veinte años, han podido notarse aquí síntomas ingratos, hasta que hemos llegado a la hora actual, que es como una edad de oro del cine, del tango y del box. La generación que nos ha precedido, puso a la República en marcha por el camino del progreso material; hizo ferrocarriles, bancos, puertos, establos y almacenes, cosas sin duda necesarias; más por ahí vinimos al materialismo en la educación y al sensualismo en la vida, cosas que no pueden constituir el programa de nuestro tiempo. Reconocí la obra heroica de los antepasados inmediatos, pero quise poner sobre el individualismo sin patria, sobre el mer-